engrandece los destinos humanos: ella me guía, ella me fortifica, ella señala mi rumbo en medio de la obscuridad. Amor paterno, piedad filial, dadme fuerzas para el sacrificio. Y tú, amor mío, perdóname.

CAPITULO IV

ULTIMA CARTA DE ESTER A IGNACIA

Debe haberte sorprendido la noticia de mi matrimonio. Hace tiempo que no te escribo; no has estado al tanto de lo que ha sido mi vida durante más de un año. Desde que Teodoro me abandonó, caí en un desaliento profundo, y quedó sumida mi existencia en un vacío tan hondo, que no tuve fuerzas para nada, ni aún para tomar la pluma. Además, no hallaba asunto para mis cartas. ¿Qué te hubiera dicho en ellas? ¿Que lloraba? ¿Que me sentía muy desgraciada? ¿Que tenía lástima de mí misma, al verme engañada y despreciada por el hombre á quien había querido tanto? Lo sabías muy bien, no había para qué repetirlo.

Pretendí dejar la casa de mis bienhechores; pero se opusieron á ello con tal decisión, que me dió pena abandonarlos, y, más estando su hijo moribundo y ellos

entrados en años y sin tener quien los auxiliara. Permanecí, pues, á su lado; pero llena de una tristeza de esas que cambian el carácter hasta volverlo inconocible.

Me sirvió de consuelo en aquella situación, observar que la mejoría de Gabriel fué acentuándose gradualmente. Después de algunos meses, volvió el joven á su vida habitual, y antes de un año, parecía más fuerte que nunca. Por supuesto que no ha sanado: la enfermedad cardiaca de que adolece, es de las que no tienen remedio; pero dicen los médicos que se ha establecido una compensación en las funciones de ese órgano, en virtud de la cual vive el joven como si estuviese sano, aunque ese acomodamiento puede desaparecer en un instante, con motivo de cualquier sufrimiento grave. Entretanto, repito, Gabriel cambió de tal modo, que nadie le hubiera conocido. Con la robustez de la salud, mejoró notablemente su aspecto, y sus facciones adquirieron una corrección que había ya sospechado, cuando, analizándolas marchitas, comprendí ganarían mucho con la lozanía.

Con motivo de la transformación de Gabriel, don Javier y doña Tula rejuvenecieron, no cabían en sí de contento, y no cesaban de dar gracias á Dios por la merced que les había hecho de conservarles la vida de su hijo.

En cambio hablaban poco de Teodoro, sin duda por no avivar mis recuerdos dolorosos; pero bien veía que recibían por el correo cartas suyas. Por mi parte, nunca pregunté dónde se hallaba, ni volví á pronunciar su nombre. El orgullo herido produjo en mi ánimo un cambio tal, que había acabado por no sentir más que cólera cuando pensaba en el ingrato. Aunque á decir verdad, nunca le he deseado mal, y siempre he pedido á Dios que lo proteja y lo haga dichoso.

Poco á poco volvió á tomar nuestra vida de familia su curso antiguo, y fuí recobrando la serenidad y al aplomo del espíritu. Pasábamos las semanas en la ciudad, entregados á nuestras diarias ocupaciones, y los domingos en Celaya absortos en los placeres campestres. Resuelta á consagrar mi vida al servicio de mis bienhechores, procuré hacerme de nuevo alegre y comunicativa, y volví á regalar sus gustos sencillos, con mis trabajos de muchacha pobre, hecha á las faenas del campo. Te aseguro, querida prima, que el júbilo que irradió en el rostro de los buenos ancianos, recompensó con creces los esfuerzos que hice para dominar el hastío y la tristeza de mi alma.

Uno de tantos domingos como pasamos en Celaya, nos hallamos Gabriel y yo solos en una de las glorietas de la huerta. Me ocupaba en aquellos momentos en amanojar rosas que destinaba á los floreros del comedor. Gabriel, calado el sombrero de jipijapa, me ayudaba en aquellos menesteres quitando las espinas de los tallos, y atando los mazos con hebras de seda que yo le proporcionaba.

En esto, y cuando yo menos lo pensaba, me habló así:

—Ester, ¿no quiere usted ya á Teodoro?

—Ni pizca, repuse; no hablemos de eso.

—Se lo pregunto á usted porque me importa.

—¿Por qué?, dije con extrañeza.

—Porque la quiero á usted, y si usted todavía le quisiera, no tendría esperanza de ser correspondido.

Me quedé estupefacta. Aunque había notado las atenciones de Gabriel, su asiduidad cerca de mí, sus finezas y aquel mirar intenso que solía sorprender en sus ojos; todo lo había atribuído á la gratitud con que procuraba corresponder á mis cuidados durante su enfermedad. Nunca, por otra parte, había reputado verosímil que el hermano de Teodoro pusiese los ojos en mí. Acaso, sobre todo esto, fué causa de mi ignorancia, el asimismamiento en que había vivido al lado de Gabriel: primero, por mi cariño á Teodoro, después, por mi tristeza.

—Desde el día eternamente memorable de mi vida, continuó, en que vino usted á esta casa, la he querido; pero la

quería sin pretender nada, porque comprendía que no era digno de usted. Débil, enfermizo, destinado á una muerte prematura, no tenía derecho á pensar en usted, ni era posible que usted me quisiese. Así lo comprendí, y callé lleno de amargura. Llegó después mi hermano, en la fuerza de la salud, de la juventud y de la gallardía, y conquistó el corazón de usted desde luego. Y la dicha de ustedes, su amor correspondido y la proximidad de su enlace, acabaron mis fuerzas y me dieron el golpe de gracia. Aquello fué superior á mi voluntad. En vano luché por dominar mi pasión; en vano quise no pensar en usted; en vano traté de hacer mía su felicidad y gozar con el espectáculo de su unión. Todo fué inútil. El dolor me postró y me llevó á las puertas del sepulcro..... De súbito, todo cambió. Teodoro huyó pérfidamente, perdone usted que lo diga; y la noticia del suceso, que oí en mi agonía, de boca de mi padre, me volvió á la vida, me restituyó las fuerzas, y me reconcilió con el mundo..... Milagro de amor, Ester, verdadero milagro. Y fué porque en el fondo de mi corazón brilló la esperanza, como el alba en la noche; y la esperanza es la luz, es la vida, es todo para el corazón. He respetado el dolor de usted por mucho tiempo, y no he cesado de vigilarla, por ver si olvidaba al ingrato; y al verla volver á la vida antigua, recobrar los colores de la salud y ser la que antes era, he creído que la imagen del ausente se había ido borrando de su corazón, y las ilusiones del mío se han puesto á volar como mariposas de primavera.... No valgo lo que vale mi hermano, soy un hombre obscuro y no subiré á usted tan alto como él la hubiera encumbrado; pero la quiero más, mucho más. Porque él no se ha muerto habiéndola perdido, y yo me iba á morir porque la perdía, y he renacido con la esperanza de su amor.... Soy modesto, no le pido el amor apasionado que mi hermano le inspiró, porque no lo merezco. No me comparo con él, ni le pido tanto como él le pedía; pero apelo á su buen corazón.... Sea usted bálsamo para mis dolores y alegría para mis penas; hará usted una buena obra, y Dios se la premiará.

Las palabras de Gabriel, tan rendidas y humildes, fueron cayendo en mi alma como rocío fresco y suave. No sé qué ocultos resortes de mi corazón se conmovieron. Vi abrirse ante mis ojos un blando porvenir de piedad y consagración, que me reconcilió con la vida, é instantáneamente me dije:

—Ya que no pude ser feliz, hagamos dichoso á un ser noble y bueno.

Y sin dar lugar á otra reflexión, repuse:

—Gabriel, si usted cree que puedo ha-

cerle dichoso, mucho me complacerá llevar la alegría al corazón de usted.

Y diciendo esto, le dí una de las flores que acababa de coger. El la tomó con devoción infinita, y la llevó tiernamente á los labios.

. . . . . .

El conocimiento intimo de mi marido me ha hecho quererle todos los días más. Es tan simpático y gracioso, tan cariñoso y tan bueno, que me ha ganado la voluntad por completo. Me uní á él por hacerle dichoso, y, sin saberlo, me he labrado mi propia felicidad.

CAPITULO

ULTIMA NOTA DE TEODORO

Acabo de saber que Ester y Gabriel van á casarse. Con esto, recibe mi corazón el golpe de gracia. Mientras Ester fuese libre y yo lo fuese también, conservaba en el fondo del corazón alguna esperanza de mejores días. Sin desear la muerte de mi hermano, la juzgaba posible; una vez realizada, habría volado á los pies de Ester, le hubiera explicado mi conducta y me hubiera hecho perdonar. Entonces habría comenzado para mí la verdadera vida, y hubiera llegado al logro de la dicha con la íntima satisfacción de gozarla, des-

pués de haber dado á mis padres y á mi hermano años de vida y de contento. Ahora todo acaba para mí: el imposible se abre ante mis pasos y un abismo me separa de la mujer que tanto quiero, y que me quiso tanto.

Adiós, pues, para siempre, juventud, alegría, amor. Adiós ilusiones de mi alma, adiós llama santa del hogar; adiós fe, luz, aurora. Nunca saldré de la sombra que me rodea. De esta sombra pasaré á la otra, á la infinita, y nunca habré libado el cáliz de la dicha.

CAPILLA ALFONSINA